Miguel García López N°12 3ºESO C

La magia de las letras

ºEra un día caluroso en Granada, un sábado de verano por la tarde, y Max ya podía descansar después de tanto tiempo en el colegio. Había sacado todo sobresaliente, excepto geografía, esa asignatura era la que más le costaba, aunque siempre se esforzaba por conseguir la máxima nota, aunque sin resultados. Estaba bastante aburrido, había hecho de todo, jugar a las cartas, juegos de mesa, ver la televisión, jugar a la consola, incluso hacer alguna ecuaciones, sí, ecuaciones, a Max le encantaban las matemáticas incluso fuera del colegio, era uno de sus pasatiempos, hacer problemas y calcular y resolver ecuaciones muy largas. Su madre decidió animarlo a salir a la calle, algo que Max no solía hacer mucho. Salía con sus amigos de vez en cuando, pero el resto del tiempo lo pasaba en casa con sus juegos de cartas y sus problemas matemáticos. Al final de una larga conversación Max cedió y salió a dar una vuelta por la ciudad. Iba mirando todo lo que le rodeaba, analizándolo, hasta que al final de un estrecho callejón divisó una tienda muy extraña, parecía abandonaba, estaba muy descuidada y no parecía haber nadie. Entró por la descuidada y oxidada puerta, era un sitio frío y siniestro, aunque algo en su interior le decía que se quedase, tenía un extraño deseo de mirar en las estanterías y buscar, buscar algo, aunque no sabía el que.

Sacó un pequeño libro, estaba algo sucio aunque en comparación con los demás objetos de la tienda, parecía estar en mejor estado y ser más nuevo. Un escalofrío recorrió su espalda, notó cuatro dedos punzantes sobre su hombro derecho, se giró temeroso y vio a un anciano bastante alto, con gafas y una gran nariz y barba, tenía algo especial, un brillo... más bien una chispa, en los ojos. El anciano le preguntó como había llegado hasta esa tienda. Max no sabía porque le hacía esa pregunta, era una tienda a la vista de cualquier persona, y era bastante llamativa, cualquier persona podría encontrarla y seguramente muchas entrarían a curiosear. El anciano pareció leer la mente de Max, ya que contestó a su duda en seguida. Señaló con su huesudo dedo hacia la puerta indicándole que saliera al exterior. Max lo hizo sin rechistar, era muy obediente, y al abrir la puerta, se encontró en una... ¿montaña? Eso parecía, aunque esta tenía algo en especial, estaba sobre las nubes, y no de lo grande ni alta que era, era una montaña que levitaba sobre el cielo.

Max quedó atónito ante el paisaje, sorprendido al haber viajado a este fantástico lugar, no tenía explicación para algo tan increíble, estas cosas solo sucedían en los cuentos de fantasía. El viejo le dio el libro que antes Max había cogido, ese extraño libro. Y en un flash, en un segundo, el viejo y su extraña tienda desaparecieron. ¿Por qué? ¿Qué hacía Max allí? ¿Qué era lo que estaba pasando? Max abrió el libro en busca de respuestas, y se encontró otra cosa más que añadir a su lista interminable de preguntas, un libro en blanco, sin nada escrito, ¿porqué? Nadie lo sabía, si es que alguien aparte de él conocía este maravilloso sitio y este extraño libro.

Max llevaba dos día en ese extraño, aunque bello lugar, esa isla flotante, como él la llamaba. En este tiempo había recorrido toda la isla, no era muy grande, y había descubierto algo aún más impactante, no necesitaba comer y beber, o al menos no tenía esa necesidad allí, y no solo eso, al haberse caído un día antes por un enorme agujero en el suelo no solo no le había dolido, no le había dejado heridas. Max no entendía muy bien donde estaba, pero debía de ser el lugar el que le diese a Max ese poder, era como si fuese inmortal. Desde ese tiempo Max no había abierto el libro tampoco, total, estaba en blanco, aunque esta vez decidió abrirlo para escribir en él. Cuan grande fue su sorpresa al ver que tenía hasta tres páginas escritas, ¿cómo ocurrió? Comenzó a leer y descubrió que lo que ese libro contaba era lo que le había ocurrido durante esos dos días, que extraño.

Revisó el libro desde el principio hasta al final, buscando una respuesta de nuevo, aunque no parecía haber nada más... espera... si que vio algo al final del todo, era otra página, estaba más vieja que todo el libro y más estropeada. Volvió a leer, y lo que se encontró fue algo muy impactante, demasiado, le hizo llorar y gritar hasta que su voz se agotara. En el texto ponía lo siguiente: *"A quién lea esto, quiero que sepa lo que le dejo. Lo primero de todo me presento, mi nombre es Sir Craig, soy un desgraciado al que una bruja maldijo. Eran tiempos muy antiguos cuando esto sucedió, aunque esa es otra historia, el caso es que llevo más de 600 años viviendo en esta isla. En eso consiste la maldición, inmortalidad, aquí atrapado en esta isla flotante sin salida, viendo como el mundo evolucionaba, en soledad. Conseguí contacto con el mundo, aunque lo único que conseguí hacer fue traerme una tienda de libros, todos ellos ya los he leído. Aunque después de todo este tormento, he conseguido que otro ocupe mi lugar, no se como, un joven del mundo actual ha llegado a mi tienda, le daré este libro para que sepa que es lo ha pasado. Lo siento mucho por él, pero necesito volver al mundo, y morir en paz, por fin, descansar para siempre. He condenado a este muchacho a la soledad eterna, aunque ya me da igual. Por fin conseguiré la paz..."*

Max daba crédito a lo que había leído, no era posible, no tenía lógica, ¿pero y si era verdad? No volvería a ver a su madre ni padre, ni a sus amigos, ni a la chica que le gustaba, sus conocidos, vecinos, profesores, todos....

-¡¡Despierta!! - Gritó la madre de Max. Este se incorporó de la cama de un bote, ¿que había pasado? ¿era un sueño? Miró lo que sostenía en sus manos, era un libro que había estado leyendo por la noche el anterior día, todo había sido un sueño sobre el libro, no era real. Max quedó sorprendido por lo real que había parecido el sueño, el poder que tiene un libro, la magia que tienen las palabras... Se levantó, se vistió y se fue a la piscina, podía volver a su mundo real, ver a sus seres queridos y relajarse todo el verano.

Fin